

“NE ME QUITTE PAS”

CIRCE

Teresa y Ahmed cruzaron sus vidas allá por febrero de 1972. En la sección de "contactos" de MUNDO JOVEN -¡qué gran revista en aquellos tiempos!- Teresa halló una reseña con la dirección del joven argelino AHMED KHALDI. Y así empezó todo, con cartas inocentes que iban y venían, con el corazón chorreando ternura, con eclipses y distancias.

Ahmed estudiaba español y Teresa estudiaba francés. Para enriquecerse mutuamente, cambiaron los roles. De esa manera, Teresa supo que Ahmed no era un musulmán al uso, su padre fue un héroe de la guerra de liberación, miembro del partido comunista, que perdió la vida en la batalla de Argel.

Y fueron creciendo, y el tiempo pasaba, y ellos se escribían y se alimentaban de literatura y de poesía. Ahmed conoció a Lorca, a Alberti... Teresa a Mahmud Darwish. El pueblo palestino les robaba el alma. Camus, iuf! ¡Cuánto Camus! Del nihilismo al existencialismo, vamos a por Sartre, era la época de todas esas veleidades, y también la edad...

Y, una tarde de agosto de 1976, sin previo aviso, Ahmed se presentó en la oficina de Teresa, -¿estudios o trabajas?- Las dos cosas. No andaba la economía muy boyante en casa.

Fueron a parar a un bar cercano, se instalaron en una mesa apartada. Ahmed chapurreaba español y Teresa chapurreaba francés. Al principio las palabras eran como coágulos que no se licuaban lo suficiente como para formar frases coherentes. Después... Después: -¿Tienes hotel?, ¿qué harás esta noche? *Mis padres no están, puedes quedarte en casa-* De pronto, Teresa se encontró súbitamente caminando por el borde de un precipicio con una sensación atávica bajo su piel.

Contrariamente a lo que se pueda imaginar, no hubo sexo. Los dos eran tan jóvenes, tan inexpertos. Se besaron apasionadamente, eso sí, y Ahmed, cuando se despidieron, la llevó hasta Jacques Brel: "Ne me quitte pas, il faut oublier, tout peut s'oublier..." Marchaba a París con una beca, prerrogativas de los hijos de mártires argelinos.

Y seguía pasando el tiempo, inexorablemente. Ahmed terminó sus estudios pero en la ciudad de la luz sólo era un árabe más, un inmigrante que tuvo que buscar trabajo, cualquier trabajo para sobrevivir. Teresa, entretanto, se enredó en política, "meterse en líos" se decía entonces. La vorágine de asambleas interminables, huelgas salvajes y veladas pedagógicas de dudoso contenido cultural, la envolvieron en el activismo sindical. Y ahí conoció a Javier, y cayó en sus redes, perdón, en sus brazos, brazos fuertes de chicarrón del norte, luchador febril y empereñido.

Teresa sólo buscaba un refugio para encauzar su rebeldía y Javier se cruzó en su camino. Se dejó arrastrar, sin remedio, por esa sensación de vacío cósmico que le producían sus arengas. Pero, en un sobresalto de lucidez, terminó dándose cuenta de

que una espesa tela de araña la había atrapado por la vía del afecto sentimental, un afecto que estaba contaminado de intereses periféricos. Y un día de lluvia todo se desvaneció. Y hubo fragor de truenos, y quedó fracturada, angustiada, vencida...

Y en 1982, mientras palidecían vergonzosos los últimos vestigios de la escarcha invernal, Teresa recibió una llamada: -*¿Teresa?* Soy Ahmed, ¿Cómo estás?- El recuerdo del beso volvió a su memoria. Todos los sentimientos encriptados en alguna parte de su cuerpo afloraron de golpe, y en el centro del éxtasis olvidado su corazón daba brincos de alegría. -*El viernes llego a Madrid. Me alojo en un hotel del centro. Cuando llegue te aviso. Tengo muchas ganas de verte-*

Y ese viernes frío de febrero se encontraron en el mismo bar donde cinco años antes se reconocieron. Y hablaron, y se miraron y se vieron cambiados. Habían crecido, habían madurado. Descendieron a la luz de aquel día de verano y Teresa sintió el sabor a media luna y a dátiles de sus labios ardientes. Pensó que le debía algo, ambos se lo debían, y le acompañó al hotel. Felices de volver a estar juntos, hicieron gala de una percepción sensorial que ignoraban poseer.

Ahmed le declaró su amor incondicional. Pero lo ojos de Teresa se nublaron hinchidos de angustia. La duda, como un velo intangible, le oprimió la garganta. Eso significaba abandonar su zona de confort, su familia, sus amigos, su trabajo. -*Quédate tú en Madrid- le espetó.* Y en ese mismo instante comprendieron los dos que sus vidas iban a seguir siendo historias paralelas, que sólo podían aspirar a algún parentesis en forma de desesperación disfrazada, un arrebato casi quirúrgico como el de aquella noche. Destrozado, Ahmed le dijo al oído cuando se despidieron: -*Ne me quitte pas-*

Pararon las cartas. Teresa se casó, tuvo hijos. Envejecía sin darse cuenta, como a cámara lenta. Y, de pronto, en 1996, un sobre con matasellos de París llegó a casa de sus padres. Sin remite. -*Querida Teresa, te deseo un feliz cumpleaños. Siquieres escribirme, esta es mi dirección...-*

Rememoró toda la ternura de los instantes que habían pasado juntos, y le escribió, claro que le escribió. Él le contó que estuvo viviendo en Londres, en una comuna hippie, que quiso morirse, sólo deseaba esconderse, vivir en una tumba. Volvió a París cuando superó el dolor. Ella le contó que estaba felizmente casada, que tenía dos hijas. Y de nuevo las cartas iban y venían, más sosegadas, más tranquilas. Ahora se contaban problemas domésticos, sucesos políticos y sociales, libros leídos y por leer. Solamente una vez, en el año 2006, en la que fue su última carta, Ahmed le confesó que había tenido muchas relaciones pero que sólo la había amado a ella, y que seguía escuchando a Jacques Brel cantar "*Ne me quitte pas*" como hacia treinta y cinco años.

El sentimiento amoroso es el que más culpabilidad provoca. Teresa le escribió una y otra vez pero ya no hubo respuesta. Le quedaban sus cartas, todas sus cartas, y el sonido de su voz cuando muy quedamente le dijo "*Ne me quitte pas*"